

NOVENA SERIE

DE LO PROBLEMÁTICO

¿Qué es un acontecimiento ideal? Es una singularidad. O mejor, es un conjunto de singularidades, de puntos singulares que caracterizan una curva matemática, un estado de cosas físico, una persona psicológica y moral. Son puntos de retroceso, de inflexión, etc.; collados, nudos, focos, centros; puntos de fusión, de condensación, de ebullición, etc.; puntos de lágrimas y de alegría, de enfermedad y de salud, de esperanza y de angustia, puntos llamados sensibles. Tales singularidades no se confunden sin embargo con la personalidad de quien se expresa en un discurso, ni con la individualidad de un estado de cosas designado por una proposición, ni con la generalidad o la universalidad de un concepto significado por la figura o la curva. La singularidad forma parte de otra dimensión diferente de la designación, de la manifestación o de la significación. La singularidad es esencialmente pre-individual, no personal, a-conceptual. Es completamente indiferente a lo individual y a lo colectivo, a lo personal y a lo impersonal, a lo particular y a lo general; y a sus oposiciones. Es *neutra*. En cambio, no es «ordinaria»: el punto singular se opone a lo ordinario.¹

Decíamos que le correspondía a cada serie de una estructura un conjunto de singularidades. Inversamente, cada singularidad es fuente de una serie que se extiende en una dirección determinada hasta la vecindad de otra singularidad. En este sentido, no sólo hay varias series divergentes en una estructura, sino que cada serie misma está constituida por varias subseries convergentes. Si consideramos las singularidades que corresponden a las dos grandes series de base, vemos que se distinguen en los dos casos por su distribución. De una a otra, ciertos puntos singulares desaparecen o se desdoblan, o cambian de naturaleza y de función. A la vez que las dos series resuenan

1. Anteriormente, el sentido considerado como «neutro» nos parecía que se oponía a lo singular, no menos que a las otras modalidades. Ya que la singularidad no estaba definida sino en relación con la designación y la manifestación, lo singular no era definido sino como individual o personal, y no como «puntual». Ahora, por el contrario, la singularidad forma parte del dominio neutro.

y se comunican, pasamos de una distribución a otra. Es decir: a la vez que las series son recorridas por la instancia paradójica, las singularidades se desplazan, se redistribuyen, se transforman unas en otras, cambian de conjunto. Si las singularidades son verdaderos acontecimientos, comunican en un solo y mismo acontecimiento que no cesa de redistribuirlas y sus transformaciones forman una *historia*. Péguy ha visto profundamente que la historia y el acontecimiento eran inseparables de tales puntos singulares: «Hay puntos críticos del acontecimiento como hay puntos críticos de temperatura, puntos de fusión, de congelación, de ebullición, de condensación; de coagulación; de cristalización. E incluso hay en el acontecimiento estados de sobrefusión que no se precipitan, que no cristalizan, que no se determinan si no es por la introducción de un fragmento del acontecimiento futuro.»² Péguy supo inventar todo un lenguaje, entre los más patológicos y estéticos que se puedan soñar, para decir cómo una singularidad se prolonga en una línea de puntos ordinarios, pero también se recupera en otra singularidad, se redistribuye en otro conjunto (las dos repeticiones, la mala y la buena, la que encadena y la que salva).

Los acontecimientos son ideales. Novalis llega a decir que hay dos tipos de acontecimientos, ideales los unos, reales e imperfectos los otros; por ejemplo, el protestantismo ideal y el luteranismo real.³ Pero la distinción no está entre dos clases de acontecimientos: está entre el acontecimiento, ideal por naturaleza, y su efectuación espacio-temporal en un estado de cosas. Entre el *acontecimiento* y el *accidente*. Los acontecimientos son singularidades ideales que se comunican en un solo y mismo acontecimiento; tienen además una verdad eterna, y su tiempo nunca es el presente que los efectúa y los hace existir, sino el Aión ilimitado, el Infinitivo en el que subsisten e insisten. Los acontecimientos son las únicas idealidades; e invertir el platonismo es en primer lugar destituir las esencias para sustituirlas por los acontecimientos como fuentes de singularidades. Una doble lucha tiene por objeto impedir cualquier confusión dogmática del acontecimiento con la esencia, pero también cualquier confusión empirista del acontecimiento con el accidente.

El modo del acontecimiento es lo problemático. No debe decirse que hay acontecimientos problemáticos, sino que los acontecimientos conciernen exclusivamente a los problemas y definen sus condiciones. En las bellas páginas en que opone una concepción teorematizada y una concepción problemática de la geometría, el filósofo neoplatónico Proclo define el problema por los acontecimientos que afectan a una materia lógica (secciones, ablaciones, adjunciones, etc.), mientras que

2. Péguy, *Clio*, Gallimard, pág. 269.

3. Novalis, *L'Encyclopédie*, trad. de Maurice de Gandillac, ed. de Minuit, pág. 396.

el teorema concierne a las propiedades que se dejan deducir de una esencia.⁴ El acontecimiento es por sí mismo problemático y problematizante. En efecto, un problema sólo está determinado por los puntos singulares que expresan sus condiciones. No decimos que el problema quede por ello resuelto: al contrario, está determinado como problema. Por ejemplo, en la teoría de las ecuaciones diferenciales la existencia y la distribución de las singularidades son relativas a un campo problemático definido por la ecuación como tal. En cuanto a la solución no aparece sino con las curvas integrales y la forma que toman en la cercanía de las singularidades, en el campo de vectores. Entonces, resulta que un problema tiene siempre la solución que merece según las condiciones que lo determinan en tanto que problema; y, en efecto, las singularidades presiden la génesis de las soluciones de la ecuación. Lo que no obsta, como decía Lautman, para que la instancia-problema y la instancia-solución difieran por naturaleza,⁵ como el acontecimiento ideal y su efectuación espacio temporal. De este modo, debemos romper con una larga costumbre de pensamiento que nos hacía considerar lo problemático como una categoría subjetiva de nuestro conocimiento, un momento empírico que señalaría solamente la imperfección de nuestros trámites, la triste necesidad en la que nos encontramos de no saber de antemano, y que desaparecería con el saber adquirido. Por más que el problema sea recubierto por las soluciones, sigue subsistiendo en la Idea que lo remite a sus condiciones, y que organiza la génesis de las soluciones mismas. Sin esta Idea, las soluciones no tendrían *sentido*. Lo problemático es, a la vez, una categoría objetiva del conocimiento y un género de ser perfectamente objetivo. «Problemático» califica precisamente las objetividades ideales. Kant fue sin duda el primero en hacer de lo problemático, no una incertidumbre pasajera, sino el objeto propio de la Idea, y por ello también un horizonte indispensable para todo lo que ocurre o aparece.

Podemos concebir entonces de un nuevo modo las relaciones de las matemáticas y el hombre: no se trata de cuantificar ni de medir las propiedades humanas, sino de problematizar los acontecimientos humanos por una parte, y por otra, de desarrollar como acontecimientos humanos las condiciones de un problema. Las matemáticas recreativas con las que soñaba Carroll presentan este doble aspecto.

4. Proclus, *Commentaires sur le premier livre des Eléments d'Euclide*, trad. de Ver Eecke, Desclée de Brouwer, págs. 68 y sigs.

5. Véase Albert Lautman, *Essai sur les notions de structure et d'existence en mathématiques*, Hermann, 1938, t. II, págs. 148-149; y *Nouvelles recherches sur la structure dialectique des mathématiques*, Hermann, 1939, págs. 13-15. Y sobre el papel de las singularidades, *Essai*, II, págs. 138-139; y *Le problème du temps*, Hermann, 1946, págs. 41-42.

A su manera, Péguy ha visto la relación esencial del acontecimiento o de la singularidad con las categorías de problema y de solución: véase *opus cit.*, pág. 269: «y un problema del que no se veía la solución, un problema sin salida...», etc.

El primero aparece precisamente en un texto titulado «una historia embrollada»: esta historia está formada por *nudos* que rodean a las singularidades correspondientes a un problema; unos personajes encarnan estas singularidades, y se desplazan y se redistribuyen de un problema a otro, hasta reencontrarse en el décimo nudo, cogido en la red de sus relaciones de parentesco. El *esto* del ratón que remitía a objetos consumibles o a sentidos expresables, es ahora sustituido por unos *data*, que remiten tan pronto a dones alimenticios como a datos o condiciones de problemas. La segunda tentativa, más profunda, aparece en *The dynamics of a parti-cle*: «Podía verse a dos líneas hacer su camino monótono a través de una superficie plana. La más vieja de las dos, por su larga práctica, había adquirido el arte, tan penoso para los lugares jóvenes e impulsivos, de alargarse rectamente en los límites de sus puntos extremos; pero la más joven, en su impetuosidad de niña, siempre tendía a diverger y a volverse una hipérbole o una de estas curvas románticas y limitadas... el destino y la superficie intermedia las habían mantenido hasta entonces separadas pero no iba a durar mucho tiempo; una línea las había cortado, de tal modo que los dos ángulos interiores juntos fueran más pequeños que dos ángulos rectos...»

No hay que ver en este texto —ni tampoco en un texto célebre de *Silvia y Bruno*: «Erase una vez una coincidencia que había salido a dar un paseo con un pequeño accidente...»— una simple alegoría, ni una manera barata de antropomorfizar las matemáticas. Cuando Carroll habla de un paralelogramo que suspira por sus ángulos exteriores y que gime por no poder inscribirse en un círculo, o de una curva que sufre «secciones y ablaciones», hay que recordar más bien que las personas psicológicas y morales también están hechas de singularidades pre-personales, y que sus sentimientos, su Pathos, se constituyen en las vecindades de estas singularidades, puntos sensibles de crisis, de retroceso, de ebullición, nudos y focos (por ejemplo lo que Carroll llama *plain anger* o *right anger*). Las dos líneas de Carroll evocan las dos series resonantes; y sus aspiraciones evocan las distribuciones de singularidad que pasan unas en otras y se redistribuyen en la corriente de una historia embrollada. Como dice Lewis Carroll, «superficie plana es el carácter de un discurso en el que, dados dos puntos cualquiera, el que habla está determinado a extenderse en falso en la dirección de los dos puntos». ⁶ En *The dynamics of a parti-cle*, Carroll esboza una teoría de las series, y de los grados o potencias de las partículas ordenadas en estas series («*LSD, a function of great value...*»).

Sólo se puede hablar de acontecimientos en los problemas cuyas condiciones determina. Sólo se puede hablar de acontecimientos como

6. Por «extenderse en falso» [*s'étendre en faux*] intentamos traducir los dos sentidos del verbo *to lie*.

singularidades que se despliegan en un campo problemático, y en la cercanía de las cuales se organizan las soluciones. Por esto todo un método de problemas y de soluciones recorre la obra de Carroll, constituyendo el lenguaje científico de los acontecimientos y de sus efectuaciones. Pero, si las distribuciones de singularidades que corresponden a cada serie forman campos de problemas, ¿cómo se caracterizará el elemento paradójico que recorre las series, las hace resonar, comunicar y ramificar, y que ordena todas las continuaciones y transformaciones, todas las redistribuciones? Este elemento debe ser definido como el lugar de una pregunta. El problema está determinado por los *puntos singulares* que corresponden a las series, pero la *pregunta*, por un *punto aleatorio* que corresponde a la casilla vacía o al elemento móvil. Las metamorfosis o redistribuciones de singularidades forman una historia; cada combinación, cada distribución es un acontecimiento; pero la instancia paradójica es el Acontecimiento en el que comunican y se distribuyen todos los acontecimientos, el único acontecimiento del que todos los demás son fragmentos y jirones. Joyce dará todo su sentido a un método de preguntas-respuestas que dobla el de los problemas, Inquisitoria que funda la Problemática. La pregunta se desarrolla en problemas y los problemas se envuelven en una pregunta fundamental. Y así como las soluciones no suprimen los problemas, sino que, por el contrario, encuentran allí las condiciones subsistentes sin las que no tendrían soluciones no suprimen los problemas, sino que, por el contrario, encuentran allí las condiciones subsistentes sin las que no tendría ningún sentido, las respuestas no suprimen en ningún modo la pregunta ni la colman, y ésta persiste a través de todas las respuestas. Hay pues un aspecto por el cual los problemas quedan sin solución y la pregunta sin respuesta: es en este sentido que problema y pregunta designan por sí mismos objetividades ideales, y tienen un ser propio, un *mínimo de ser* (véase las «adivinanzas sin respuesta» de Alicia). Hemos visto ya cómo las palabras esotéricas les estaban esencialmente vinculadas. Por una parte, las palabras-valija son inseparables de un problema que se despliega en las series ramificadas y que no expresa en absoluto una incertidumbre subjetiva, sino, al contrario, el equilibrio objetivo de un espíritu situado frente al horizonte de lo que ocurre o aparece: ¿Es Richard o William? ¿Es fumante-furioso o furioso-fumante?, siempre con distribución de singularidades. Por otra parte las palabras blancas, o más bien las palabras que designan a la palabra blanca, son inseparables de una pregunta que se envuelve y se desplaza a través de las series; a este elemento que falta siempre a su propio lugar, a su propia semejanza, a su propia identidad, le corresponde ser el objeto de una pregunta fundamental que se desplaza con él: ¿Qué es el Snark? ¿Y el Phlizz? ¿Y el Ello? Estribillo de una canción en la que las estrofas formarían otras tantas series a través de las cuales circula, palabra mágica tal que ningún

nombre con el que se la «llama» colma el blanco, la instancia paradójica tiene precisamente este ser singular, esta «objetividad» que corresponde a la pregunta como tal, y le corresponde sin responderla jamás.